

MIGUEL GIUSTI / PEPI PATRÓN (editores)

# EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Las humanidades del futuro

## Capítulo 4



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*  
Miguel Giusti y Pepi Patrón (editores)

© Miguel Giusti y Pepi Patrón, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-10828

ISBN: 978-9972-42-936-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000410

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## HUMANISMO A LA LETRA

Mario Montalbetti  
Pontificia Universidad Católica del Perú

El poeta mexicano Alberto Blanco cuenta que hace unos años un cierto monje Zen fue invitado al D. F. a dar una conferencia. Luego de la misma se abrió la sala a intervenciones del público. Fue entonces que un individuo levantó la mano y preguntó: «¿Existe la vida después de la muerte?». El monje estalló en una gran carcajada y luego dijo: «Me disculpo por reírme pero es que *esta* es la vida después de la muerte».

Creo que algo similar ocurre con la respuesta a la pregunta por el futuro de las humanidades: gran carcajada + *este* es el futuro de las humanidades.

Pero creo también que hay una consecuencia significativa que podemos rescatar más allá de la anécdota y esa es la idea de que la pregunta por el futuro de las humanidades pueda siquiera plantearse. Y si empujamos esto hasta el límite, creo que lo que esta consecuencia anuncia es que aquello otro que no son las humanidades —o si se quiere, aquello otro que las humanidades excluyen para poder, las humanidades, constituirse como tales— aquello otro no tiene futuro.

¿Qué es aquello otro?, ¿por qué no decirlo directamente? El número. Sinecdoqueando liberalmente: la letra se opone al número. Y, aunque no se note en estos días, el futuro siempre es de la letra. El número no tiene futuro.

Propongo entonces comenzar con un pequeño experimento. El 9 de agosto de este año, en la página a12 del diario *El Comercio*, apareció un artículo del psicólogo Fernando Loyola en el que se lee: «Imagine un centro educativo en el que los cursos se encuentran enfocados hacia la formación de esas competencias que luego se consolidarán en la etapa universitaria, y que son las mismas que exigen las principales empresas de nuestro competitivo mundo laboral. ¿No sería acaso este un colegio de vanguardia?» —se pregunta—. Apreciemos en cabalidad lo que el psicólogo Loyola propone, que aquello que las principales empresas exigen para llevar a cabo sus metas en el competitivo mundo laboral sea, mágicamente, lo mismo que lo que las universidades ofrecen. Esa magia es digna de Mickey Mouse y viene con un sabroso cheque bajo la manga.

Pero supongo que para muchos, despojada de cinismos, esta utopía pedagógica propuesta por el psicólogo Loyola resulta natural y deseable. ¿Qué mejor que exista un continuo que vaya desde las coloridas mesitas del nido hasta los uniformes cubículos de las empresas?

La respuesta a la pregunta es, entonces, una gran divisoria de aguas. Si ustedes responden que sí, que qué gran cosa sería que la empresa privada estableciera lo que se enseña en los colegios y las universidades, si ustedes están de acuerdo con esta forma de «vanguardia» propuesta por el psicólogo Loyola, entonces ustedes están del lado del número. De lo contrario, ustedes no se oponen a la letra. Pero como todo maniqueísmo resulta de suyo sospechoso, exploremos el asunto.

¿Qué hay detrás del número? Lo primero que debemos hacer es desechar la idea fácil de que detrás del número hay ingenieros y detrás de la letra humanistas. No, tanto detrás del número como detrás de la letra hay tanto ingenieros como humanistas. El corte debemos hacerlo de otra forma.

Es posible identificar cuatro momentos urbanos en la historia de la Universidad. En un primer momento, esta no contaba con arquitectura propia pero sí con gran circulación urbana. Es un dato que suele repetirse con frecuencia que los griegos antiguos no tenían propiamente universidad. Había, eso sí, un grupo de sofistas peripatéticos que paseaba por las calles como taxistas en busca de clientes, solo que estos deseaban ser conducidos a la verdad y no al supermercado. Por una suma convenida los sofistas ofrecían datos, mediciones, argumentos, aforismos. Cuanto mayor la cifra convenida, mayor los conocimientos transmitidos. Nótese que esta no era una universidad solo en el sentido técnico de que no contaba con administradores. A mi juicio, esta era la mejor universidad, la que no cuenta con ese peculiar grupo de personas que racionaliza su alejamiento de las aulas y la investigación con la necesidad de confeccionar horarios y presupuestos o con la necesidad de liderar la transmisión de conocimientos. Soy duro con mis amigos pero si no con quién. La universidad, tal como la conocemos hoy en día, aparece cuando los administradores se hicieron indispensables, es decir, en la Edad Media. Y la forma más eficaz de hacerse indispensables fue construyendo paredes, amurallarse, y hacerse arquitectura; es decir, hacerse casa/templo del saber. Pero alguien debía organizar la casa.

¿De qué se defendía la Universidad al constituirse como casa amurallada? De un afuera necesario para justificar el adentro, de conocimientos que no eran juzgados propios o serios o reales. La universidad solo es posible si excluye un grupo de «saberes» que crecen como hierba mala a su alrededor y que muchas veces se floculan en forma de Academias o Institutos o Colegios. Un ejemplo saltante es el caso del Psicoanálisis, que nunca cruzó oficialmente los muros de la universidad para asentarse como ciudadano pleno en sus claustros. Es decir, la universidad solo es posible si no es «universal».

Este elitismo original es consustancial con la idea de universidad y se basa en trazar una línea entre adentro/afuera. Por ello se dice que esta es una «casa de estudios», es un templo, es un objeto arquitectónico que establece límites territoriales y con ellos epistemológicos.

El correctivo que se le impuso a este elitismo, siglos después, fue del signo opuesto. De la Universidad como fortaleza amurallada pasamos a la idea de la «ciudad universitaria». Es decir, a la idea de que la universidad es parte de la ciudad. O, más bien, de que la Universidad es una ciudad dentro de la ciudad, es una ciudad que mantiene conexiones culturales, políticas, económicas, sociales, con la gran ciudad, dentro de la cual ha dejado de ser propiamente una isla. La ciudad universitaria participa de los planes urbanos de la gran ciudad: tiene paradas de autobús en las puertas de sus facultades y agencias de bancos en su interior. El resultado es que los administradores reforzaron su posición de indispensables: dado este encamamiento, como dicen los periodistas ahora, de la universidad en la ciudad, la ciudad universitaria debe replicar la burocratización del manejo urbano. La metástasis de oficinas administrativas —de desarrollo, de proyección, de estudios, de organización, de relaciones, de...— dentro de la ciudad universitaria rivaliza con la misma burocratización del Estado. Y la consecuencia en ambos casos es exactamente la misma: la Universidad, así como el Estado, se hacen cada vez más y más opacos a las comunidades que los constituyen.

De los peripatéticos sin casa de estudios a la ciudad amurallada a la ciudad universitaria pasamos a lo que llamaré la Universidad trivial. El sentido común del adjetivo «trivial» —el sentido de banal, superficial— debe entenderse en su acepción etimológica original. El *tri-vium* era un «cruce de caminos»; el lugar en el que tres vías se encuentran. Las conversaciones que los viajeros tienen en un cruce de caminos son sobre cosas pasajeras como el tiempo, la temperatura, el lugar al que uno se dirige, etcétera. Esta conversación es «trivial», es la conversación propia de un encuentro fortuito en un cruce de caminos. Este sentido de cruce caminos es el que quiero rescatar para describir este cuarto momento de la Universidad: esta se ha vuelto —en algunos lugares más que en otros— un cruce de caminos: un lugar en el que tres grandes instituciones se encuentran, se dan la mano y deciden: el Estado, la Iglesia, la empresa privada. Y entonces, ahora más que nunca, la administración de la Universidad es tarea indispensable. Los administradores se convierten en los guardagujas de este *trivium*. Son los que permiten el paso ordenado de estos tres trenes por lo que antiguamente era una ciudad universitaria y que ahora no es sino una estación ferroviaria.

Estos tres trenes imponen exigencias a la Universidad: de parte del Estado, el producir una cierta ingeniería social que asegure la sofocación de cualquier intento serio de agitación o cuestionamiento teóricos y políticos. De parte de la Iglesia, la

exigencia de ciertos «valores» que deben regir toda la enseñanza por encima y por debajo de la verdad de la misma. De parte de la empresa privada, la exigencia de la eficiencia en producir el tipo de conocimiento que será útil para que el capitalismo desarrolle sus tareas de producción y consumo.

No toda universidad es trivial en este sentido. Al menos, no toda universidad lo es todavía. Quiero creer, por ejemplo, que esta universidad hace esfuerzos serios por no serlo; por mantener su autonomía frente a estas exigencias, sobre todo frente a las del tren eclesiástico. En otros lugares, sin embargo, la Universidad ya es trivial y ya ha cumplido la utopía pedagógica del psicólogo Loyola. Por ejemplo, en la Universidad de Arizona, pero en muchas otras también, las donaciones de dinero vienen acompañadas de requerimientos curriculares. Y, por supuesto, cuanto más trivial la universidad más indispensables se vuelven los administradores. Al punto que los profesores se han vuelto un estorbo. Ya hay universidades, en Estados Unidos por ejemplo, en las que en lugar de que el profesor X dicte su clase de análisis lingüístico, compran una colección de DVD con clases del eminente profesor Y se la pasan a los estudiantes. La Universidad trivial no requiere, propiamente, de profesores. En eso se empeñan los administradores.

Lo que está detrás de la universidad trivial son los números. Es decir, lo predecible, lo mensurable, lo controlable sin resto.

Las formas más específicas en las que el número invade la Universidad son dignas de mención. Algunos ejemplos concretos pueden ser ilustrativos. El siguiente es especialmente curioso como una especie de *acting out* del número. Este semestre dicto dos cursos en la Facultad de Lingüística. Un par de semanas antes de comenzar el dictado la administración me pide que presente el sílabo de cada uno de los cursos. Pero ahora hay una exigencia adicional a la tradicional. No solo debo indicar el tema de mi curso, el método de calificación y la bibliografía; ahora debo indicar qué es lo que voy a enseñar en cada una de las 34 sesiones. Por ejemplo, debo indicar qué es lo que voy a tratar en la sesión del 13 de noviembre de mi seminario. O en la sesión del 12 de mi curso de Análisis lingüístico. Probablemente quien haya decidido implementar esta orden jamás haya dictado un semestre de clases en su vida. Es imposible —a menos que uno sea un irresponsable— decir qué es lo que uno va a tratar en una clase determinada. Un irresponsable porque debo decidir en agosto que no importa qué ocurra en el curso, yo decido que el 13 de noviembre voy a tratar la cuestión de por qué el significado es una ilusión del significante en la teoría lacaniana. Esta es una exigencia típica del número y típica del administrador. Eso hace aparentar que todo el semestre está en orden. El administrador puede regocijarse en saber qué está haciendo el doctor Montalbetti en estos momentos en su clase de Análisis lingüístico. Es decir, el contenido de las clases que se dictan a lo largo de un semestre se debería

establecer con el mismo celo con el que se confecciona el *fixture* del Torneo Clausura de fútbol. Por supuesto, no es así si uno quiere hacer un trabajo responsable y si a uno le importa la suerte intelectual de sus alumnos. Pero este tipo de disposiciones pasan como normales, deseables, reales. Y son obra del número. Y nadie las objeta.

El segundo ejemplo es más perverso porque, en cierta forma, es más sutil: se trata de la popularización de las presentaciones en Power Point. No dudo de que existan casos en los que el empleo de este programa de Microsoft sea conveniente y apropiado. Es decir, todo aquello que requiere una enumeración. Así, si usted quiere presentar los doce pasos para bajar de peso o dejar de fumar o ser un ejecutivo de éxito o ganar amigos, entonces por favor, use el Power Point e ilustre su punto. Pero si usted quiere presentar, digamos, el Romanticismo peruano en una conferencia, si usted emplea el Power Point se verá obligado a mencionar «las doce características» del Romanticismo peruano. Y, por favor, ninguna de ellas puede ser muy larga porque no entra en la pantalla. La maravillosa perversidad de este invento es que equipara todo por su denominador más común y más bruto: la enumeración da la ilusión de completión, de que no se nos escapa nada. Equipara en ese sentido en el que solo el número puede equiparar. Así como  $2+1 = 3$ , así también Romanticismo peruano = doce características. Ni una más ni una menos.

Otras propiedades del uso del Power Point son también evidentes pero no vale la pena explorarlas aquí. Baste mencionar que el Power Point participa de la exaltada virtualización de la realidad, de la necesidad de exhibir el dato en una pantalla, de vivir en lo que tan adecuadamente el mundo virtual llama «el tiempo real». Si hay algo de lo que la administración puede jactarse es de la modernización del aula que no es otra cosa que colocar un monitor de televisión en cada una de ellas. Esta virtualización viene de la mano con los programas que se emplean y que le imponen una forma al conocimiento transmitido o producido, ejecutando por lo tanto final y fielmente las exigencias de la empresa de la que provino.

La idea de que el Power Point es simplemente una herramienta y uno puede hacer lo que quiere con ella debe ponderarse a la luz de esta otra: que si tu única herramienta es un martillo todos tus problemas tendrán la forma de clavos. Puesto en *powerpointés*: todas tus presentaciones, desde aquellas que informan del último programa para bajar de peso hasta aquellas que tratan de dilucidar la naturaleza de los parámetros innatos en la adquisición del lenguaje, tendrán la misma forma: flechitas y doce pasos + unos diseños geométricos más bien huachafos.

Decía al inicio que el número no tiene futuro. Que el futuro es siempre de la letra. Pero todo lo que he dicho hasta ahora parecería confirmar la idea opuesta. En realidad no es así: el número nunca cambia y por ello no tiene futuro. Acabamos de mencionarlo hace un momento: la gran operación del número es la equivalencia.

Y es una equivalencia sin resto. Por lo tanto, sin interpretación ni sorpresa ni novedad. En otras palabras, estéril. De ahí su radical infinitud: solo puede crecer por adición. Cuando el número se transforma en otra cosa, cuando trata de cambiar, requiere siempre de la letra; así no sea sino esa *x* minúscula que representa el enigma que trata de resolver.

La letra es de naturaleza distinta. Con letras no hay equivalencias sino transformaciones, metamorfosis, procesos metabólicos y desplazamientos. Y es de estos exactamente que surgen las ideas. La razón es muy simple y ya la había adivinado Baudrillard hace unos años: la transmisión del número es viral, se hace por contagio; la transmisión de la letra se hace por interpretación. Ambas son formas de comunicación esencialmente distintas. El número contamina, se expande con una promiscuidad que traiciona su propia fama de asepsia y limpieza. La letra es menos promiscua porque su transmisión requiere de la interpretación.

Y ahora quiero liberarme de lo que tal vez sea el último malentendido. El número tiene un lugar y el lugar del número no debe ser cambiado por nada, ni por la letra. Por supuesto, si vamos a construir un puente recurramos al número, al cálculo, a la medición. Pero si vamos a pensar para qué queremos el puente recurramos a la letra. El número no nos lo va a decir porque los números no piensan. A veces nos dan la impresión que lo hacen y los seguimos radicalmente. Pero ese es el pequeño *facho* que todos llevamos dentro: el deseo del orden, de que alguien o algo sepa de qué se trata, la ilusión de que en algún momento todo se aclarará, todo significado será entendido y no habrá nada más que hacer. Eso, digo, es un buen deseo. Pero eso es exactamente lo que el número encarna: la posibilidad de dejar de pensar. Y ese es también el ideal de la Universidad trivial: que los profesores y alumnos estén ahí como reserva permanente de las fuerzas productivas de una sociedad.

Este es entonces el futuro del humanismo. Pensar lo que no sirve, lo que no es útil, lo que no puede transformarse en insumo. Pensar lo que nos exigen los objetos y no lo que nos exigen los gerentes o los curas o los gobernantes. Y si alguno de ustedes no ha sentido la exigencia del objeto a ser pensado entonces se están perdiendo de algo importante. Esto suena a escándalo porque precisamente «ser útil a la sociedad» es una de esas máximas que nadie debería discutir. Como «ser democrático» o «ser solidario». Pero ninguna de estas máximas es inocente; siempre vienen con la forma de ser útil o democrático o solidario bajo la manga. Un ejemplo rápido: ante el terremoto de Pisco se nos pide ser solidarios. Bueno, supongamos que lanzo la siguiente idea: en el balneario de Asia hay cuarenta mil casas vacías. ¿Por qué no se las damos a los que lo perdieron todo en Pisco?, ¿por qué no se las damos al menos hasta que comience la temporada de verano? Ah, no. Eso ya no es ser solidario sino ser comunista. Es decir, el límite superior de la noción de solidaridad está establecido

por la propiedad privada. Una vez más «ser bueno» y «tener bienes» coinciden. ¿No es esto lo que Levinas sugería cuando dijo que lo más fácil que podemos hacer con el prójimo es abrirle nuestros corazones? Es más difícil abrirle nuestras billeteras. Y más difícil aún abrirle las puertas de nuestras casas. Tal vez sea por esto que el lema de la campaña de solidaridad de RPP se denomina «Unamos nuestros corazones» y no «Unamos nuestras billeteras» o «Unamos nuestras casas». Hay miles de estos ejemplos. Lo mismo ocurre con «ser útil a la sociedad», que es lo que los tres trenes —el Estado, la Iglesia, la empresa privada— reclaman y exigen de la Universidad.

Por eso es tan exacta la visión del humanismo que Lars von Trier transmite en su película *Epidemic*: el humanista es aquel que disemina el mal que trata de combatir. Esta es la versión del número. El humanista quiere ser útil pero tratando de serlo disemina inutilidad. ¿No es así como somos vistos los lingüistas, historiadores, filósofos, cuando pensamos aquellas cosas que no pueden transformarse en insumos de inmediata utilidad para la sociedad?, ¿pero no es así también como es visto el ingeniero, el físico, el arquitecto, cuando piensa demandado por los objetos y no como eslabón indispensable en la cadena de producción?

El humanismo requiere pensar, tarea cada vez más difícil cuanto más se trivializa la Universidad. Ese es el futuro actual del humanismo. Pero pensar no es un futuro que sea privilegio del Departamento de Humanidades ni de la Facultad de Letras, sino de toda la Universidad. Pensar con la letra y al margen de la exigencia ferroviaria.

Creo que por fin sé qué es lo que voy a dictar el 13 de noviembre en mi seminario. Voy a dictar algo que no sirve para nada.